

Billie Ruth

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Edmundo Paz Soldán, *Billie Ruth*
Primera edición: octubre de 2012

ISBN: 978-84-8393-166-0
Depósito legal: M-33574-2012
IBIC: FYB

© Edmundo Paz Soldán, 2012
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2012

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 915 227 251
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás
Impreso en España - Printed in Spain

Edmundo Paz Soldán

Billie Ruth



ÍNDICE

El acantilado	11
Casa tomada	15
Bernhard en el cementerio	17
Extraños en la noche	21
Díler	27
Los otros	35
El ladrón de Navidad	43
Roby	51
Volvo	65
Ravenwood	73
Billie Ruth	77
Como la vida misma	89
El Croata	103
Srebrenica	123
Azurduy	135

A mis padres, Raúl y Lucy,

*There's one of these doctors in Atlanta that's taken a knife and
cut the human heart... and held it in his hand... and studied it
like it was a day-old chicken, and lady... he don't know more
about it than you or me.*

Flannery O'CONNOR, «The life you save may be your own»

EL ACANTILADO

A LAS CINCO DE LA MAÑANA el padre despertó al hijo y le dijo que se vistiera, había llegado la hora. Con los ojos soñolientos y la voz entrecortada, el niño vio ese rostro barbado, esa mirada azul y penetrante, y le dijo que no quería ir. Su madre le había dicho que no tenía que hacerle caso en todo a él, que incluso no estaba obligado a quedarse con su padre los fines de semana.

El padre le agarró el brazo con firmeza y dijo:

—¿Qué es eso de no querer quedarte conmigo? Ella no sólo se va con ese imbécil, ahora te mete ideas para que no te vea más. Vístete.

El niño se levantó y, mientras se sacaba el pijama y se ponía los jeans y los tenis, se preguntó qué había sido primero. Si su madre había dejado a su padre cuando él comenzó a hablar de platillos voladores, o si el padre había comenzado a hablar de platillos voladores una vez que la madre lo dejó. Cuando ella se fue de la casa, él dijo

que la ciudad era muy chica para los dos y dejó su trabajo y vendió la casa y compró una cabaña a tres horas de la ciudad, a quinientos metros del acantilado. Había vistas espectaculares del mar, pero la región era desolada y el niño odiaba los fines de semana en que era el turno de estar con su padre; no había televisión en esa cabaña, ni computadora ni videojuegos. Sólo podía leer y jugar juegos de mesa, cosas que no le llamaban la atención.

Salieron de la cabaña. El niño tenía una chaqueta de cuero, sentía la brisa fría, la piel se le erizaba. En su cabeza rondaban las historias que su padre le había contado desde que tenía memoria, las sirenas y los dragones que habitaban el mar. Tiempos legendarios los de esos relatos, pero, ¿quién podía asegurar que en las profundidades del mar no existían esos peligros? En las últimas semanas, para colmo, el padre se había puesto a hablar de una espera al borde del acantilado, de una luz que los iluminaría y unos extraterrestres que les transmitirían el secreto del universo. Serían otros después de ese encuentro.

El niño no creía en esas historias, pero, ¿qué le quedaba? No había manera de oponerse. Fingiría que le hacía caso, mientras, en silencio, rezaba y contaba los minutos para que pasara ese momento. Cuando volviera a la ciudad, le diría a su madre que no quería volver a pasar los fines de semana con él.

Llegaron al borde del acantilado. Era un espectáculo imponente, el verde turquesa del océano conjuntado en el horizonte con ese azul profundo del cielo, mientras las nubes se abrían como expectantes. Quizás era verdad lo que decía su padre, pensó por un segundo para luego descartarlo.

El niño miró hacia abajo y lo visitó una sensación de vértigo. Sería mejor levantar la vista, o cerrar los ojos.

–Eres lo más hermoso que tengo en la vida –dijo el padre–. Te extraño mucho cuando no estás conmigo.

–Yo también te extraño –dijo el niño, pero en sus palabras no había convicción.

–También eres lo más hermoso que tu madre tiene en la vida.

Vio a su madre esperándolo al salir del colegio, apoyada en la puerta de la camioneta, la cara que se iluminaba apenas él iba a su encuentro. Entonces comprendió.